Laia Soler

Mili Koey

Las Rollettes

Amigas... ¿para siempre?

DESTINO

Las Rollettes

Amigas... ¿para siempre?

Laia Soler y Mili Koey

DESTINO

Destino Infantil y Juvenil, 2021
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrojuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.
© del texto, Laia Soler
© de las ilustraciones, Mili Koey
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: marzo de 2021
ISBN: 978-84-08-24048-8
Depósito legal: B. 3.930-2021
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Un final de año con sorpresa

Lira adoraba la Navidad. Y no solo por los paquetes abiertos y el papel de regalo con que inundaban el comedor cada seis de enero; también le encantaba ver las calles llenas de luces de colores, pasarse las vacaciones entre asados y turrones y los villancicos que todo el mundo se sabía de memoria y que sonaban en todas partes. Pero, en el fondo, lo que más le gustaba es que sentía que todo el mundo se esforzaba por estar de buen humor. Era la única época del año en que todo parecía posible.

Aun así, Lira era consciente de que la perfección no existe, y las Navidades no eran una excepción. Había algo que odiaba de esas fiestas, muy bien resumido en uno de los dichos favoritos de sus padres: «En Navidad, cada oveja en su corral».

Lira entendía que era época de estar en familia, pero… ¿por qué la de Eloy tenía que estar en la otra punta del país? ¿Y por qué sus padres habían decidido marcharse apenas horas después de la última clase del año? ¿No habían pensado que Eloy a lo mejor tenía cosas que hacer en la ciudad como, por ejemplo…, tener su primera cita con Lira?

La chica sentía que hacía una eternidad desde esa mañana de diciembre en que, antes de la última competición del trimestre, ella y Eloy se habían pedido una cita uno al otro al mismo tiempo. Pero en realidad habían pasado solo tres semanas, tres semanas en las que por culpa de los exámenes, la prohibición de los padres de Lira de quedar entre semana y los entrenos y los planes de las Rollettes había resultado imposible quedar los dos solos.

Habían conseguido su primer segundo puesto en el último torneo del año y, tras este, el equipo estaba más motivado y unido que nunca.

Incluso un poco demasiado, se había lamentado Lira aquellas últimas semanas, al ver que no paraban de hacer planes conjuntos. Era imposible que Lira y Eloy se escaquearan a la vez sin que cantara demasiado, así que se resignaron a dejar la primera cita para el año nuevo. Los dos estaban de acuerdo en que no querían que nadie se

enterara; algunas Rollettes eran demasiado amigas de los cotilleos y ni Lira ni Eloy tenían ganas de protagonizarlos (otra vez).

Por eso, aunque Lira se moría de ganas de contárselo todo a sus amigas, llevaba semanas mordiéndose la lengua.

—¡Eh, Lira! ¡Baja de las nubes! —exclamó Jimena, dándole un golpecito en el brazo.

Aquello hizo que Lira parpadeara y mirara a su amiga con aire descolocado, como si acabara de aterrizar por arte de magia en aquel banco del centro comercial. Lira siempre había criticado a las chicas que, a la que se echaban novio, dejaban de hacer caso a sus amigas, y enrojeció al darse cuenta de que estaba prestando más atención al móvil, esperando un mensaje de Eloy, que a sus amigas. Lo guardó al instante.

Habían quedado para ir al cine y ahora se encontraban frente a la sala, con las entradas en las manos y cuatro cuencos de palomitas tamaño gigante para compartir. A Lira le habían parecido demasiadas palomitas para las pocas que eran (Jimena, Amelia, Andrea, Gala y ella), pero viendo cómo había descendido el nivel del cuenco de Gala en el poco rato que llevaban esperando, tuvo que admitir que habían hecho bien.

—¿Con quién hablas? —le preguntó Andrea, con tono pícaro. Aunque después de lo sucedido con Lira y Eloy había entendido que no estaba bien intentar influir en la relación de los demás, seguía siendo igual de cotilla, y a pesar de sus esfuerzos, no siempre lograba morderse la lengua.

Lira fingió no haberla oído.

—¿Empieza ya la peli? —preguntó al grupo, haciendo ademán de levantarse.

—Aún quedan cinco minutos —le respondió Amelia—. Jimena te ha preguntado si al final pediste a los Reyes la mochila con ruedas para los patines.

Un móvil sonó antes de que Lira abriera la boca para responder. Era el de Amelia, que respondió al instante. Frunció el ceño al leer el nombre en la pantalla.

—Ahora vengo —dijo, y les hizo un gesto a sus amigas para indicarles que se apartaba un poco para hablar.

—¿En serio hay gente que todavía llama? —preguntó Gala.

Jimena se encogió de hombros.

—Seguro que es su madre.

Amelia no tardó mucho en volver a acercarse, consciente de que las chicas no habían dejado de observarla de reojo. A ninguna de ellas le pasó por alto que Amelia

había vuelto con la cara pálida y los ojos abiertos, como si hubiera acabado de ver un fantasma. Tenía tan mala cara que Jimena se puso de pie para cogerle la mano.

—Amelia, ¿qué te pasa? —le preguntó, con expresión preocupada.

—¿Estás bien? —Lira la agarró del otro brazo con el mismo cariño e inquietud que Jimena. Amelia parecía muy preocupada y Lira se temió lo peor: un accidente de coche, un familiar enfermo… Pero por mucho que las Rollettes la avasallaron a preguntas, Amelia no era capaz de reaccionar.

—Amelia, por favor, me va a dar un ataque al corazón —susurró Lira—. ¿Tus padres están bien? ¿Qué pasa?

—¡Dinos algo! —la urgió Gala.

—La… La entrenadora… —empezó a murmurar Amelia, y tomó aire antes de continuar, con voz temblorosa—. La entrenadora del Marenostrum ha… llamado a mi madre —dijo, esperando que aquello fuera suficiente.

La conversación con su madre la había dejado con la boca tan seca que hablar le costaba un esfuerzo sobrehumano.

Las demás soltaron un suspiro de alivio al mismo tiempo. Menos Jimena, que abrió los ojos de par en par y soltó:

—¡Ya te vale! ¡Nos has asustado!

—¿Y por qué la ha llamado? —quiso saber Lira.

—¿Es por lo de Mireia y Carlota? —preguntó Gala—. ¿Las echarán del equipo?

Andrea frunció el ceño y dijo:

—¿Y qué tiene que ver eso con Amelia?

Gala se encogió de hombros.

—Como se conocían de antes…

En el colegio, Amelia había compartido equipo de patinaje con Mireia y Carlota, y estas se portaron tan mal con ella que estuvo a punto de dejarlo. Eran las típicas chicas que no soportaban ver a nadie brillar más que ellas; por eso, cuando se habían vuelto a encontrar unos meses atrás en el torneo interescolar, la tomaron de nuevo con ella y con las Rollettes. Laura le había contado a Alena que las habían estado molestando, cosa que Andrea le había echado en cara porque creía que eso solo provocaría que las chicas se metieran más con ellas, por chivatas. No habían vuelto a tener noticias del tema, pero Gala no había perdido la esperanza de que el universo fuera justo y las acciones de esas dos tuvieran consecuencias.

Sin embargo, Amelia negó con la cabeza. No tenía nada que ver con eso.

—Bueno… —acertó a decir la chica, y tragó saliva

antes de continuar—. Es que… Quiere… Quiere que me apunte a…

Antes de que pudiera terminar, Jimena soltó una estruendosa carcajada.

—¿… al Marenostrum? —preguntó Andrea, enarcando las cejas.

—¡JA, JA, JA! ¡PUES LO TIENE CLARO! —Jimena se abrazó la barriga, partiéndose de risa y alzando tanto la voz que un par de personas se giraron hacia ellas.

Amelia enrojeció un poco más y bajó el tono:

—No, es que entrena a otro club, uno profesional, y…

A Jimena y Andrea se les heló la risa en los labios, y las demás se miraron unas a otras, perplejas.

—¿Cómo que «profesional»? —espetó Jimena—. ¿Qué pasa, que somos unas novatas o qué?

Amelia se tuvo que morder la lengua para no responder con la verdad: las Rollettes habían mejorado muchísimo y tenían un gran nivel teniendo en cuenta que solo llevaban un año patinando, pero no eran profesionales. Habían participado en tres competiciones, sí, pero de un torneo interescolar, no de la liga.

—Bueno, somos un club escolar y ellos participan en la liga —murmuró. No quería ofender a sus amigas—. La entrenadora quiere que entrene con ellos y, si todo

va bien, competiría en la modalidad individual en una o dos temporadas.

Eso hizo caer un tenso silencio entre las cinco amigas.

—¿Y por qué tienes esa cara? —se atrevió a preguntarle Lira, aunque no estaba segura de querer oír la respuesta.

—No estarás pensando en dejarnos plantadas, ¿no? —Andrea se cruzó de brazos.

Amelia apretó los labios y Lira sintió un retortijón en el estómago. Y no solo por el miedo a que Amelia dejara el equipo… Nunca lo admitiría en voz alta, pero le dolía que la entrenadora del Maremagnum no se hubiera fijado en ella. De acuerdo, no tenía el nivel de Amelia, pero eso era porque Lira había empezado mucho más tarde. Los padres de Lira le habían repetido mil veces que tenía talento y capacidad de esfuerzo y que con eso podría conseguir cualquier cosa.

Sin embargo, no era lo suficientemente buena como para llamar la atención de un club importante. Por eso, aunque quería apoyar a su amiga, pronunció unas palabras muy distintas.

—Pero tú no quieres competir en individual…, ¿no?

Amelia se mordió la lengua. Un año atrás, habría respondido con un rotundo «claro que no». ¡De hecho, en

ese momento ni siquiera había querido competir, a secas! Acarreaba demasiados malos recuerdos de su paso por el equipo de patinaje del colegio; sin embargo, había llovido mucho desde entonces y, gracias a las Rollettes, había logrado deshacerse de todas sus inseguridades y recuperar algo que creía perdido para siempre: sus sueños de actuar sola. Resultaba intimidatorio, pero también sentía que tendría menos presión que haciéndolo en equipo: si estaba sola en la pista, todos sus aciertos y sus fallos serían únicamente suyos. Si hacía una mala actuación, solo tendría que rendir cuentas consigo misma, no con otras diez personas.

—Te lo estás pensando —aventuró Jimena, ojiplática. La única respuesta que recibió fue el silencio de Amelia—. ¡¿En serio?!

—Yo… —Amelia tragó saliva—. No lo sé. No me lo esperaba, no… No me lo había planteado en serio…

—Eso es que sí —resolvió Jimena, poniéndose de morros.

—Amelia, no puedes hacernos esto, ¡eres la mejor del equipo! ¿Qué haremos sin ti? —gimoteó Gala.

—Puedo seguir en las Rollettes aunque le diga que sí —aseguró Amelia, con un hilo de voz.

—¿Y estar en dos clubs a la vez? ¿Eso se puede hacer? —preguntó Lira, con el ceño fruncido.

Amelia asintió.

—Si no compiten en la misma liga, sí. Me lo ha dicho mi madre.

—Eso suena a que ya has dicho que sí —la acusó Jimena.

—Déjala en paz, Jimena, puede hacer lo que quiera —la defendió Lira.

—Ya, bueno, pero somos un equipo, ¿no? —rebatió Jimena.

—Pero es su vida —intervino Gala—. Y si ella quiere hacerlo…

—Aún no he decidi… —trató de explicarse Amelia, pero Andrea la cortó.

—Nos va a dejar plantadas.

—No voy a…

Esta vez fue Jimena quien no la dejó terminar.

—Venga, no te lo crees ni tú. Aunque quieras quedarte en las Rollettes, no tendrás tiempo para entrenar en dos clubs, hacer los deberes, estudiar… Al final, nos abandonarás.

Amelia agachó la cabeza. No había esperado que sus amigas lo entendieran, pero tampoco que se pusieran así de dramáticas.

—¿Podéis dejar de hablar como si yo no estuviera

aquí? —Su congoja había empezado a transformarse en enfado; ahora sentía la cara arder de rabia, aunque esta no llegó a su voz. Sonaba más ofendida que otra cosa—. Al menos podríais fingir que os alegráis por mí.

En cuanto hubo dicho esto, dio media vuelta sobre sus talones y, sin esperar al resto, echó a andar hacia la entrada del cine, sintiendo cómo los ojos se le anegaban de lágrimas. Gala les dirigió una mirada llena de reproche a Lira, Andrea y Jimena.

—Os habéis pasado un poco —les recriminó, antes de echar a correr detrás de Amelia.

Las tres chicas, que en el fondo sabían que Gala tenía razón, no dijeron nada. De hecho, no reaccionaron hasta que Gala y Amelia llegaron a la cola de su sala.

—Venga, vamos… —Lira agarró a Jimena de una mano y a Andrea de la otra para arrastrarlas con ella.

Lira suspiró. Trató de olvidar el tema, pero por más que lo intentó, cuando llegó a casa horas después seguía preocupada. Ninguna volvió a hablar de ello en lo que quedaba de tarde, pero eso no iba a cambiar la realidad: Amelia tenía una invitación para entrenar en otro club.

Vaya manera de terminar el año…